

traición de Santa Anna, sino por la traición de Fariás. Los texanos se rebelaron por la fuerza incontrastable de la infame política de los negreros yankees.

Por último, una carta de Alpuche a Santa Anna, de enero de 1836, da mucha luz sobre el asunto. Dice así: "Fui a Texas a tomar posesión de mis tierras... con el doble objeto de oír, ver y tocar yo mismo la verdad de las cosas en ese ruido sordo de Constitución Federal del año de 1824.. Todo lo conseguí, y convencido de la perfidia me replegué a ésta (Nueva Orleans) a llorar las desgracias de la Patria. Interesante es a la Patria hablar Ud. conmigo o con uno de los que, como yo, estén en el fondo de los secretos pasados, presentes y futuros de Texas... Demasiado he apuntado mi objeto... la conquista de Texas no es aislada, sino que se extiende casi a media República".

("El Mosquito mexicano, T.II, N.92)

Cambios de gobierno.- Santa Anna volvió al poder a la caída de Anastasio Bustamante y continuó como presidente después de hechas las elecciones a raíz de promulgado, en 1843, el nuevo código centralista, denominado "Bases Orgánicas".

Por el pronunciamiento de Mariano Paredes y Arrillaga, cayó Santa Anna del poder y, abandonado por sus tropas, fue aprehendido en la proximidad de Tlahuistlán, cerca de Xico (Ver.), y llevado preso a Perote en donde permaneció incomunicado durante 4 meses, hasta que, el 19 de mayo de 1845, salió desterrado y fijó su residencia en la Habana.

Quedó entonces al frente del gobierno el Gen. José Joaquín Herrera. Durante su administración se recrudecieron las dificultades entre los E. Unidos y México con motivo de la cuestión de Texas, formándose dos partidos, el de la paz y el de la guerra. Herrera formó parte del primero, porque juzgó que era difícil obtener éxito, dados los elementos de que disponía el gobierno americano para lograr el triunfo en el terreno de las armas.

El gobierno de México, en vista de una ruptura posible, situó fuerzas en la frontera, al mando del Gen. M. Arista. Los E. Unidos hicieron ocupar militarmente varios puntos del territorio mexicano, fingiendo, hipócritamente, creer que México violaba sus fronteras y, siendo ellos agresores, querían pasar por agredidos. Siguiendo el camino de la ficción, nombraron ministro plenipotenciario en México a Mr. John Sliddell para proponer la paz; pero; el gobierno de México se rehusó a recibirle como tal, aunque se le tuvo como enviado extraordinario.

Antecedentes históricos.- La independencia de Texas fue reconocida por los E. Unidos, aunque en un principio las Cámaras opusieron resistencia; después, el 12 de abril de 1844 quedó anexada a la Unión Americana. Esta conducta ofendió gravemente a México y por ese motivo el ministro Manuel Eduardo de Gorostiza, acreditado cerca del gobierno de Washington, pidió sus pasaportes: quedaban rotas las relaciones diplomáticas.

El gobierno de México estaba decidido a un arreglo amistoso, pues se daba cuenta de lo poco probable que sería el buen éxito de una guerra contra un enemigo poderoso, como lo eran los E. Unidos. Además, de hecho ya había reconocido la independencia de Texas, pues durante nueve años no había intentado siquiera conquistarla. La situación se complicó, como queda dicho, con la

cuestión de límites, pues los texanos decían que sus fronteras llegaban hasta el río Bravo, y México alegaba que nunca habían pasado del río Nueces.

La revolución de Paredes.— Paredes, después de la caída de Santa Anna, había recibido el mando del Ejército de Reserva, cuyo cuartel general se hallaba en San Luis Potosí. Paredes, durante su permanencia en dicha ciudad se puso a observar atentamente, no los movimientos del enemigo, porque no había llegado ese caso, sino la conducta del gobierno de Herrera ante las arterias y maniobras del de los Estados Unidos, y hacia los jefes que, como él, estaban encargados de la defensa nacional.

Resultado de esas observaciones fue la convicción de que, por no haber emprendido los gobiernos que se habían sucedido desde 1836 la recuperación de Texas, el de Herrera se encontraba ante el hecho consumado e intolerable de la anexión por los E. Unidos de un territorio que teníamos derecho a llamar nuestro, y de que dicho gobierno se mostraba tan vacilante en las negociaciones diplomáticas, cuanto inepto en la preparación. Era prueba de lo primero, entre otras muchas, que, después del decreto de anexión, se había tenido la debilidad de aceptar que viniera Mr. Sliddel como ministro extraordinario, para tratar exclusivamente del asunto de Texas, aunque no con el carácter de ministro residente y plenipotenciario, como vino y pretendía ser recibido; y de lo segundo, que no sólo se había dejado sin suficientes municiones de boca y guerra al Ejército del Norte, que estaba en Matamoros, al mando del Gen. Fca. Mejía, sino que al mismo Paredes se le dejaba en San Luis con menos de cuatro mil hombres y sin elementos de ninguna especie para el caso que se le ordenara reforzar a Mejía.

Por lo demás, la opinión pública era desfavorable al gobierno de Herrera en todo el país: D. José Fernando Ramírez escribía en su diario: "Los hombres que han explotado el 6 de diciembre (de 1844) son el símbolo de la incapacidad política... Han hecho estériles los brillantes elementos de la más gloriosa revolución y dado el más sólido argumento contra el sistema representativo". Y Paredes, además de saber que muchos de esos hombres trataban de restablecer el sistema federalista, tenía conocimiento de que, gracias a la ineptitud de Herrera, hacían negocios sucios y se enriquecían con los dineros del erario, que debían emplearse en el sostén y aumento del ejército.

En tales circunstancias y sin que su resolución entorpeciera la defensa de la patria, sino antes bien con la mira de hacer

Arteria: fmaño, aslucia. (Se toma en mal sentido.)

efectiva y eficaz dicha defensa, resolvió Paredes pronunciarse por tercera vez y lo hizo en San Luis Potosí, aceptando acaudillar la revolución iniciada por el comandante del Departamento, D. Manuel Romero, el 14 de diciembre de 1845, teniendo esa revolución el mismo éxito que las promovidas por aquél en 1841 y 1844, porque pedía lo que era justo y necesario: que cesaran en el ejercicio de sus funciones los poderes Ejecutivo y Legislativo. (De un artículo de Manuel Puga y Acal)

La rebelión cundió rápidamente, y Paredes llegó a la capital el 2 de enero, sin disparar un solo tiro. Reunió a todos los generales y demás jefes del ejército que se encontraban en la capital, quienes hicieron alguna variante en el plan adoptado en San Luis, y Paredes quedó encargado interinamente del Poder Ejecutivo.

La declaración de guerra.— El nuevo gobierno iba a ser quien se empeñara en la lucha armada contra los E. Unidos.

John Sliddel pidió sus pasaportes y le fueron enviados con fecha 21 de marzo de 1846. A su salida, el ejército americano avanzó de Corpus Christi al Frontón de Santa Isabel y después, frente a Matamoros, en la margen izquierda del Río Bravo; además, una escuadrilla americana comenzó a bloquear Tampico y Veracruz. Entonces el Congreso autorizó al presidente para repeler la agresión de los E. Unidos, y Paredes hizo la declaración de guerra, en julio de 1846.

Se ocupó con actividad en allegar recursos, estableciendo la mayor economía; se dedicó con asiduidad a organizar, disciplinar e instruir al ejército, creyendo que con los elementos que él pudiera reunir, lograría dirigir la campaña con mejor éxito que ningún otro.

Pero después quiso nombrar a Ampudia general en jefe para combatir a los americanos, mas como muchos generales, especialmente los santanistas, censuraron tal nombramiento, apenas había llegado Ampudia a Matamoros y comenzado a desarrollar su plan de campaña, fue reemplazado por Arista, a quien Paredes había nombrado a regañadientes, porque lo sabía inepto y porque se decía, y lo repite Ramírez, "se había manchado con inmensos peculados desde el tiempo de la guerra de Texas".

Es cierto que Paredes se ocupó de entablar negociaciones en favor del Infante don Enrique, hermano del esposo de Isabel II para establecer aquí una monarquía, convencido que era el único medio de fortalecernos y conservar nuestra autonomía efectiva. Por estas tendencias monarquistas se acentuó más la división

Resultado: Pobre a los caudales del erario público

entre los partidos políticos en los momentos en que la unión era más necesaria que nunca. (M. Puga y Acal)

Principian las hostilidades.

Palo Alto y Resaca de Guerrero.- El gobierno americano había enviado tropas al mando de Zacharias Taylor, que, como queda dicho, había ocupado Corpus Christi desde principios de 1846. Avanzó después y el 4 de marzo se estableció en Frontón de Santa Isabel, en la margen izquierda del Bravo.

Taylor tenía orden de no atacar, para poner de relieve que los E. Unidos no querían la guerra. Como a principios de abril las fuerzas mexicanas atacaron un pequeño destacamento de dragones y lo apresaron, esto dio motivo al congreso americano para declarar la guerra.

El 8 de mayo tuvo lugar el primer combate en Palo Alto, resultando victoriosos los americanos gracias a su buena artillería. Al día siguiente se retiró Arista en dirección a Matamoros, pero el enemigo lo atacó, sorprendiéndolo, en Resaca de Guerrero en donde derrotó nuevamente. En esta memorable batalla, en quietomaron parte Arista, Ampudia, Díaz de la Vega, Torrejón, Canales, Uraga y otros jefes, se registraron actos de valor, aunque hubo errores de consideración. Arista había sido avisado de la proximidad del enemigo, pero no quiso dar crédito a ello, pensando que sólo se trataba de reconocimientos y escaramuzas. Convencido de su error, hizo una valerosa carga de caballería, que no dio ningún resultado.

Respecto del Gen. Díaz de la Vega, dice Castillo Negrete: "La conducta observada por el Gen. Rómulo Díaz de la Vega, ya se le considere como soldado al estarse batiendo, ya como prisionero de guerra, en todo se ve el temple de alma y nobleza de sentimientos, de este ilustre general. No importa que sus soldados hayan dado la espalda al enemigo; él firme en el puesto que le había confiado el General en Jefe, lucha heroicamente; ni se retiró, ni se rinde; la muerte primero que dar un paso atrás".

Arista se retiró a Matamoros después de la derrota de la Resaca, y como juzgó indefendible esta plaza, la abandonó el día 16 de mayo, dejando allí 400 heridos, toda su artillería y municiones.

Destitución de Arista.- Por estos hechos Arista fue destituido del mando y sometido a juicio. Para sustituirle en el mando fue nombrado el Gen. Francisco Mejía que se hallaba en Linares de donde pasó para Monterrey. Allí fue sustituido, a su vez, por el Gen. Pedro Ampudia.

Derrocamiento de Paredes.- El Gen. José María Yáñez se pronunció en Guadalajara al grito de "Muera el príncipe extranjero!" Paredes salió a batirlo, dejando como sustituto a Nicolás Bravo quien, por medio del Congreso, hizo declarar vigentes las "Bases Orgánicas" de 43. La guarnición de México, a cuyo frente estaba el Gen. Mariano Salas, convocó un Congreso que decretó el restablecimiento de la constitución de 1824 y se nombró presidente a Santa Anna y vicepresidente a Valentín Gómez Farías. El primero había desembarcado en Veracruz el 12 de septiembre de 1846, sin que se le impidieran los americanos que ya estaban bloqueando el puerto.

Capitulación de Monterrey.- El 18 de septiembre los americanos se presentaron frente a Monterrey con 6500 hombres. Sin ofrecer toda la resistencia que hubiera podido, capituló Ampudia cuando, según asegura Balbontín, el jefe de las fuerzas americanas había dado los pasos necesarios para retirarse. Esto explica por qué aceptó Taylor las condiciones que impuso Ampudia en la capitulación, o sea que "el Ejército mexicano saldría de Monterrey con tambor batiente y banderas desplegadas, llevando la tropa una parada de cartuchos por plaza y una batería de batalla con los cofres cargados con bala en boca y los botafuegos con la cuerda-mecha encendida; el pabellón sería saludado con 21 cañonazos por la artillería americana al ser arriado en la ciudadela y quedarían suspensas las hostilidades durante siete semanas". Se concedía además un armisticio de dos meses durante el cual se comprometía Taylor a no avanzar hacia el sur.

Santa Anna en San Luis.- Santa Anna dejó en el poder a V. Gómez Farías y salió para San Luis en donde permaneció tres meses para organizar el ejército, llegando a ser, por tal motivo, objeto de injustas reclamaciones por parte del público. A fines de octubre se le incorporó Ampudia con 4000 hombres, con los que ascendió a unas 18,000 hombres el contingente de Santa Anna. Sin reflexionar que los americanos podrían atacar también por el oriente, ordenó al Gen. Anastasio Parrodi que abandonara Tampico, que fue luego ocupado por el enemigo, y se replegara a Tula, punto de ninguna importancia.

Santa Anna describe así la situación: "No había un peso en caja; ejército disponible no existía; la parte más florida había sufrido en la frontera; las cuadros reunidos en la Capital no marchaban a sus destinos por falta de recursos... Todo se iba preparando con detreza; una sola cosa me acongojaba, y me interrogaba a mí mismo: sin una comisaría bien provista, ¿cómo cubrir -

tantos gastos? En un principio la Tesorería general de la Nación proveía al ejército con cantidades que si no llenaban todas las necesidades, cubrían las precisas del soldado; mas faltó ese auxilio y los apuros llegaron a su colmo. A mis comunicaciones el gobierno contestaba con esperanzas y evasivas... no hay ya quien quiera fiar el pan y la carne para la tropa... Fatigaba mi mente buscando un medio para salir con lucimiento de posición tan difícil y sólo se presentaba la victoria, que nos colocaría en buena posición, nos salvaría... Tomé al fin mi resolución: marchar en busca del enemigo. La falta de dinero hacía imposible el movimiento; necesitábanse más sacrificios de mi parte, y no vacilé en prestarlos de esta manera. En la casa de moneda se acuñaban cien barras de plata, y dispuse del producto dando en hipoteca todas mis propiedades..."

Sin esa lamentable miseria, Santa Anna hubiera podido destruir totalmente al invasor, cuyas fuerzas estaban escalonadas en una larga línea, desde Tampico hasta Parras, con centro en Monterrey.

El 28 de enero comenzó a salir el ejército de San Luis para ir a atacar a Taylor. Iban, como generales, Santa Anna, Mora y Villamil, Blanco, Lombardini, Miñón, Urra, etc. Más de 4000 h. quedaron fuera de combate, por falta de agua y de víveres, por el frío, la lluvia, etc., pues las tropas estaban casi desnudas.

La Angostura.- Llegaron cerca de Saltillo, a un punto llamado "La Angostura" el 22 de febrero y ese mismo día se dio un combate parcial para ocupar una loma, y lo consiguieron los mexicanos.

Al día siguiente, aún antes de que los soldados hubieran tomado alimento, comenzó el combate, y el enemigo se vio obligado a replegarse varias veces. La lucha terminó a las cinco de la tarde, interrumpida por un fuerte aguacero. Se habían tomado 3 cañones al enemigo, 5 banderas, 4 carros de parque, una fragua, y se le habían hecho bastantes prisioneros.

La retirada.- Taylor estaba temeroso de que al otro día se consumase su derrota. Santa Anna no supo aprovechar las ventajas logradas y dio orden de retirarse, replegándose a Agua Nueva. Con esto los americanos se apropiaron la victoria, pero, como dice Roa Bárcena, "si no es posible apellidar vencedor al ejército mexicano, ni hubo vencedor en la Angostura"

¿Por qué la retirada? Muchas hacen recaer toda la responsabilidad sobre Santa Anna, por su falta de previsión, lugar de combate mal escogido y órdenes de ataque desacertadas. El general en jefe explica el hecho diciendo que un soldado del escua-

drón de coraceros, llamado Francisco Valdiés, antes de llegar a La Angostura, aprovechó la oscuridad de la noche para huir a Saltillo de donde era originario. Fue hecho prisionero por una partida enemiga y llevado a presencia de Taylor a quien hizo todas las revelaciones que pudieron interesarle, a condición que le dejara libre. Gracias a los informes recibidos, Taylor que, como se ha dicho, tenía sus hombres (9000) distribuidos en tres campos y distantes tres leguas uno de otro, los concentró en la Angostura, lugar en donde, como se ha referido, se verificó el combate. En esto recibió Santa Anna aviso de haber estallado la revolución en la Capital y encargo de los Supremos Poderes de correr a salvarlos a ellos y a las instituciones.

Afirma Santa Anna que consultó la opinión de los generales, quienes pensaron que era necesario cumplimentar aquellos mandatos. Tenía Santa Anna 400 prisioneros americanos y como faltaban víveres aun para los nacionales, se los mandó a Taylor; en esta oportunidad supo la ocurrencia del coracero desertor que huía rumbo a Saltillo.

El Sr. Balbontín, con respecto a La Angostura, ha dejado escrito: "No tengo datos seguros sobre la pérdida que sufrió el ejército en su desastrosa retirada a través del desierto, pero creo no exagerar si supongo que pasó de tres mil hombres, la mayor parte desertores. Dos causas, en mi concepto, determinaron el mal éxito de la expedición: la primera el no haber llevado las provisiones de boca necesarias, falta en que debe haber influido la escasez extraordinaria de recursos; la segunda, de haber carecido, el día de la batalla, de artillería suficiente para maniobrar sobre el flanco izquierdo del enemigo y a su espalda cuando fue envuelto... Respecto a la retirada del 23 de febrero, se ha hablado mucho en pro y en contra; para disculparla se ha alegado el cansancio de la tropa, la falta de alimento y el temor de que se desbandase... Acaso otras razones más poderosas pesaron en el ánimo de Santa Anna: tal vez alarmado con las grandes pérdidas que sufrió el ejército el 23, y principalmente con la dispersión de algunos, dudó del resultado de una nueva batalla, y tomando en consideración que la República no tenía otro ejército que oponer al invasor, que ya amagaba por el oriente, temió que si en un nuevo combate era derrotado, el enemigo penetraría sin encontrar resistencia hasta el corazón del país... Las razones expuestas debían ser de mucho peso, y creo que la historia deberá tomarlas en cuenta al juzgar en este caso al Gen. Santa Anna; pero, pensando que los grandes esfuerzos que la nación y el ejército habían hecho, quedarían sin fruto alguno si no ---

completaba la derrota del general Taylor; que era oportuno y conveniente aprovechar las ventajas adquiridas y la buena moral de las tropas; que una retirada a través del desierto costaría tal vez más que una batalla perdida; que en caso de ser derrotado, el enemigo quedaría impotente para perseguirnos; que aunque quedase en aptitud de poderlo hacer, le sería imposible perseguirnos en el desierto si inutilizábamos las únicas tomas de agua que allí existen, al dejarlas a retaguardia, y, en fin, que suponiendo perdida la supuesta batalla no causaríamos otros males que aumentar algo las calamidades que se desataron sobre el ejército en su retirada, soy de sentir que se debió haber arriesgado una batalla el día 24. Si se hubiera ganado, nada habría detenido la marcha del ejército victorioso hasta las orillas del Bravo. El armamento y los almacenes quitados al enemigo hubieran provisto a la nación para la continuación de la guerra; el ejército habría aprendido a vencer a los americanos y el general Santa Anna hubiese vuelto a ser para la República lo que fue en 1829. La retirada de La Angostura fue su muerte política".

El soldado mexicano.- Acerca de la actitud de los soldados mexicanos escribe C. Pereyra: Se siente la admiración más alta viendo al soldado de México pelear en ayunas y después de la acción no cenar y no dormir por falta de abrigo; pero se llega al asombro viéndolo pelear otra vez con hambre al día siguiente.

Los acontecimientos de la Capital.- "Gómez Farías no pensó todo lo que debiera en la cuestión internacional, dice C. Pereyra.

Para los gastos de la guerra el gobierno necesitaba recursos. La única clase que podía y quería dar dinero era el alto clero, sigue diciendo el mismo Pereyra. Siempre se defendía, pero siempre daba. Gómez Farías, dominado por su prurito anti-clerical, en vez de abrir hábiles negociaciones con los obispos, inició la expedición de una ley que ellos consideraron como un ataque violento a los bienes de la Iglesia". (Carlos Pereyra)

"La Iglesia y el Estado ni se habían separado ni eran entonces enemigos; pero, desde 1833 los federalistas jacobinos habían tratado, en nombre del Estado, de despojar a la Iglesia. Esta, sin embargo, había contribuido cuantiosamente para la guerra de Texas, y si rehusó nuevos préstamos a Herrera a fines de 1845, fue porque sabía que el dinero sólo serviría para enriquecer a muchos generales, entre los cuales se señalaba a Arista, quizá injustamente, y a Inclán, con sobrada razón, y a financieros, como Esnaurrizar y Lombardo. El desorden parlamentario y esos pecu-

lados fueron la causa del pronunciamiento de Paredes, monarquista sin duda, pero que, al adueñarse del poder en enero de 1846, sólo trató de establecer un gobierno fuerte, honrado e inmune de poinsettismo. (M. Puga y Acal)

A Paredes que realmente trataba de organizar la defensa nacional, facilitó el clero en 1846 la cantidad de un millón. La última rebelión de Paredes en San Luis tenía por fin quitar a los federalistas del poder para que no siguieran poniendo trabas a la defensa del territorio nacional.

Tenía perfectamente pagada su tropa y un fuerte excedente en caja. No aceptó empréstitos que con gran confianza le ofrecían los comerciantes y que Herrera no podía obtener. Renunció los \$ 36.000 de sueldo que le correspondían. Por tales pruebas de probidad y verdadero patriotismo, le facilitó el clero el millón a título de préstamo. El Sr. Paredes gastó \$ 300.000 de esta cantidad en la guerra; dejó al Gen. Mariano Salas \$ 700.000. De este remanente se emplearon \$ 28.000 en pago de tropa y Valentín Gómez Farías repartió \$ 672.000 restantes a los rebeldes que lo levantaron y a los que llamaba con cariño "sus peladitos". (M. Puga y Acal)

Puede afirmarse que el clero dio todo lo que pudo, como consta en los documentos oficiales del mismo gobierno de Farías. El solo Cabildo de México empezó a dar \$ 25.000 mensuales desde el 15 de mayo de 1846; suma que a partir de junio se elevó a \$ 50.000. Ninguna clase social de México cooperó a la guerra en la manera que lo hizo el clero mexicano, y lo mismo puede decirse por lo que respecta a la campaña de 1836.

Gómez Farías, so pretexto de tener más fondos para auxiliar a Santa Anna y con la cooperación del Congreso, expidió, el 11 de enero de 1847, un decreto para proporcionarse hasta 15 millones de pesos, hipotecando y vendiendo en subasta pública bienes de manos muertas. Bulnes dice que esa disposición era torpe, por que, a su parecer, ni con un millón de bayonetas se hubiera llegado así ni 2 millones de pesos; que, además, era impolítica, pues el clero había hecho ya préstamos voluntarios y era, en tercer lugar, demagógica porque tendía a atacar al clero como clase. Este decreto equivalía a exasperar a la nación que no podía tolerar que se repartiesen entre militares y políticos gastronómicos esos bienes que el clero dedicaba al culto divino, a la educación de la juventud, hospitales, etc. (M. Puga y Acal)

Brótó de la protesta contra esas medidas fue la rebelión de los polkos, el 17 de febrero de 1847.

Los Polkos.- Al saberse en México la pérdida de Monterrey, se rebulló el 11 de octubre (1846) en la plaza de